



El discurso político. Las máscaras del poder

Patrick Charaudeau

Libros Prometeo, 2021, Buenos Aires

Nº páginas: 341

Reseña por César Rina Simón

LAS MÚLTIPLES MÁSCARAS DEL DISCURSO POLÍTICO

Este libro solventa una excepcionalidad de las publicaciones relativas a la comunicación política, ya que han tenido que pasar 16 años para ver editada la traducción al castellano de una de las obras referenciales de Patrick Charaudeau, profesor emérito de la Universidad de París XIII y uno de los académicos que mejor han investigado y diseccionado el discurso político contemporáneo. La matriz analítica del libro pertenece al ámbito de la lingüística, pero lo trasciende con creces al concebir el discurso político como una práctica social que, desde sus orígenes, no se ha limitado a perfilar debates ideológicos en el espacio público. Por el contrario, tal y como explica el autor tomando multitud de ejemplos extraídos de la política francesa de las últimas décadas y de

múltiples referencias del ámbito internacional, el discurso político trasciende de lo ideológico y se vincula a lo emocional a través de sus múltiples mecanismos de persuasión, tanto social como lingüística. En las sociedades políticas contemporáneas, el poder descansa en la legitimidad de los discursos, es decir, en su grado de aceptación. Por eso mismo es muy relevante el análisis de la capacidad de seducción de los emisores y su potencial a la hora de envolver en términos emocionales los mensajes en la noción de verdad. Todos estos mecanismos, presentes en la historia contemporánea de la comunicación política, se han acrecentado en las últimas décadas, en buena medida por la irrupción de nuevas formas de populismo, término, por cierto, difícil de delimitar y que acoge en su concepción prácticas y discursos transversales a todas las culturas políticas, incluyendo a las que se definen en oposición al mismo.

La obra se divide en cinco grandes apartados. Una primera más teórica dedicada a definir qué es el discurso político; una segunda sobre las estrategias de persuasión que despliega; una tercera sobre el papel que desempeña la imagen de los actores políticos; una cuarta sobre la ambivalente relación entre el discurso político y la verdad –en esta sección cabe destacar, por sus conexiones con la práctica historiográfica, las páginas dedicadas a los imaginarios políticos de tradición, modernidad o soberanía popular-; y una última a modo de balance final en la que trata de repensar la noción extendida de degradación del discurso y, en términos generales, de todas las esferas políticas.

El subtítulo que emplea Charaudeau, “máscaras del poder”, se presenta como una metáfora idónea para explicar las múltiples aristas del discurso político, que no sólo pertenece al ámbito de la disimulación o el engaño sino que está mediatizado por otros factores. Desde la irrupción de la opinión pública, no cabe duda que el poder está intrínsecamente ligado a la capacidad de persuasión y convencimiento del discurso. El poder contemporáneo radica en la palabra y en su capacidad para legitimar las acciones.

El discurso político se despliega en el horizonte de los medios de comunicación, cuyos fines, más allá de la ética de informar a la ciudadanía, tienen una clara derivada comercial de competencia entre grandes grupos empresariales. Para legitimar a su emisor o las ideas que exponen, emplea una serie de estrategias que Charaudeau va explicando con ejemplos específicos de las últimas décadas. Estas estrategias, según contexto o destinatarios, apelan a la razón y a la emoción empleando recursos de dramatización. En este sentido, resulta esclarecedor la tercera parte del libro, dedicada a los procesos emocionales y a las estrategias de persuasión que escenifican los oradores, así como la relación entre el *ethos* y el *logos*, entre lo sensitivo y lo racional. Para Charaudeau, el *ethos* forma parte del imaginario social, es decir, es “el resultado de una puesta en escena sociolingüística que depende de los juicios cruzados que los individuos de un grupo social determinado emiten unos sobre otros” (p. 121). El discurso, de cara a su eficacia persuasiva, adquiere forma de credibilidad -seriedad, virtud, competencia- y busca la identificación: potencia, carácter, inteligencia,

humanidad, liderazgo-jefatura o solidaridad. Como podemos comprobar, estas categorizaciones analíticas son de suma utilidad para identificar las estrategias comunicativas de los líderes políticos a lo largo de toda la contemporaneidad y sus formas de expresión en los medios de comunicación.

Como hemos señalado, adquiere especial significación para los historiadores de la comunicación las páginas dedicadas a los “imaginarios de verdad” (pp. 213-249) que refuerzan la integración de las sociedades modernas. Ahí destaca el recurso a la tradición, la evocación de un pasado genuino y esplendoroso en contraposición a un presente decadente. No cabe duda que las culturas políticas y los nacionalismos contemporáneos tomaron este leitmotiv como principal eje de unas narrativas que proyectaban un pasado mítico e idealizado hacia unas expectativas de regeneración. El recurso a la tradición, a la verdad de origen como mecanismo de superación de la decadencia, a una pureza originaria perdida por diversos factores, fue un eje vertebral y transversal de las ideologías contemporáneas. Sin embargo, la modernidad también se nutrió de un discurso paralelo de proyección del futuro, como espacio temporal que hacía posible las utopías, y ahí transitarían el positivismo, el cientifismo y más recientemente el tecnologicismo y las cibertuopías, con una noción de progreso que nunca ha desaparecido de nuestros imaginarios sociales. Por lo tanto, la modernidad se caracterizaría por el extrañamiento del pasado y del futuro, por la escisión del presente de esos dos vectores, lo que permite a través del discurso político y de, por ejemplo, las narrativas historiográficas, consolidar el presente como continuidad correcta con un pasado de esplendor y encaminarlo hacia un tiempo progresivamente superior.

En relación a la irrupción de los populismos y a la consideración en los imaginarios sociales de la degeneración de las esferas políticas, Charaudeau problematiza la relación entre ideología y discurso y destaca la imprescindibilidad de lo político para las sociedades modernas. Y por eso mismo nos recuerda que el discurso no sólo mana del poder, sino que es el resultado en democracia “de un encuentro entre el objetivo de influencia de la instancia política y el objetivo de solicitud de la instancia ciudadana” (p. 254). Es decir, la opinión pública puede desempeñar un papel más relevante que el de los actores políticos. Opinión pública que es emocional y racional y que tiene una dimensión eminentemente plural, teniendo en las democracias la función de moderar la radicalización de los discursos y de las emociones. El autor también aborda la cuestión del consumo de masas de información y de discursos políticos, lo que ha propiciado un campo de producción de contenidos efímeros y renovados para su consumo constante. Es en este horizonte en el que han proliferado propuestas “populistas” que apelan a las identidades individuales. Estos planteamientos son desarrollados en extensión en el último capítulo, quizá el que más se aleja de las ciencias del lenguaje para acercarse a la interpretación del estado presente del discurso y para proponer una nueva ética política.

En definitiva, estamos ante una obra fundamental para analizar la historia del discurso político desde la óptica de las ciencias del lenguaje, pero también ante un mapa imprescindible para los historiadores que trabajamos con fuentes impresas y audiovisuales impregnadas de discursos políticos. El estudio de los procesos históricos ha comenzado a prestar atención a la forma de los discursos políticos, vectores muy relevantes para comprender los imaginarios culturales que los producen, los creen y los cuestionan. Para ello es sumamente interesante acercarnos a la obra de Patrick Charaudeau, cuyos trabajos académicos han sido muy influyentes a nivel internacional y que en castellano podemos leer en monografías como *El discurso de la información mediática* (Gedisa, 2003) y ahora en *El discurso político* (Prometeo, 2021).